MUERTE DEL CABO CHEO LOPEZ

(CUENTO)

PERDÓNEME, don Pedro... Claro que ésta no es manera de presentarme... Pero, le diré... ¿Cómo podría explicarle?... Ha muerto Eusebio López... Ya sé que usted no lo conoce y muy pocos lo conocían... ¿Quién se va a fijar en un hombre que vive entre tablas viejas?... Por eso no fuí a traer los ladrillos... Éramos amigos, ¿me entiende?

Yo estaba pasando en el camión y me crucé con Pancho Torres. Él me gritó: "¡Ha muerto Cheo López!" Entonces enderezo para la casa de Cheo y ahí me encuentro con la mujer, llorando, como es natural; el hijito, de dos años, junto a la madre, y a Cheo López tendido entre cuatro velas... Comenzaba a oler a muerto Cheo López, y eso me hizo recordar más, eso me hizo pensar más en Cheo López. Entonces me fuí a comprar dos botellas de ron, para ayudar con algo, y también porque necesitaba beber.

¡Ese olor! Usted comprende, don Pedro... Lo olíamos allá, en el Pacífico... Es el olor de los muertos, los boricuas, los japoneses... Los muertos son lo mismo... Sólo que como nosotros, allá, íbamos avanzando... a nuestro heridos y muertos los recogían, y encontrábamos muertos japoneses de días, pudriéndose... Ahora Cheo López comenzaba a oler así... Con los ojos fijos miraba Cheo López. No sé por qué no se los habían cerrado bien... Miraba con una raya de brillo, muerta... Se veía que en su frente ya no había pensamiento. Así miraban allá en el Pacífico... Todos lo mismo...

Y yo me he puesto a beber el ron, durante un buen rato, y han llegado tres o cuatro al velorio... Entonces su mujer ha contado... Que Cheo estaba tranquilo, sentado, como si nada le pasara, y de repente algo se le ha roto adentro, aquí en la cabeza... Y se ha caído... Eso fué un derrume en el cerebro, dijeron... Yo no he querido saber más, y me puse a beber duro. Yo estaba pensando, recordando. Porque es cosa de pensar... La muerte se ríe.

Luego vine a buscar a mi mujer para llevarla al velorio y creí que debía pasar a explicarle a usted, don Pedro... Yo no volví con los ladrillos por eso. Mañana será...

Ahora que si usted quiere ir al velorio, entrada por salida aunque sea... Usted era capitán, ¿no es eso? Y no se acuerda de Cheo López... Pero si usted viene, a hacerle nada más que un saludo, yo le diré: "Es un capitán"...

¿Quién se va a acordar de Cheo López? No recibió ninguna medalla,

aunque merecía... Nunca fué herido, que, de ser así, le habrían dado algo que ponerse en el pecho... Pero qué importa eso... ¡Salvarse! Le digo que la muerte se ríe...

Yo fuí herido tres veces, pero no de cuidado. Las balas pasaban zumbando, pasaban aullando, tronaban como truenos, y nunca tocaron a Cheo López... Una vez, me acuerdo, él iba delante, con bayoneta calada y ramas en el casco... Siempre iba adelante el cabo Cheo López... Cuando viene una ráfaga de ametralladora, el casco le sonó como una campana y se cayó... Todos nos tendimos y corría la sangre entre nosotros... No sabíamos quién estaba vivo y quién muerto... Al rato, el cabo Cheo López comenzó a arrastrarse, tiró una granada y el nido de ametralladoras voló allá lejos... Entonces hizo una señal con el brazo y seguimos avanzando... Los que pudimos, claro... Muchos se quedaron allí en el suelo... Algunos se quejaban... Otros estaban ya callados...

Habíamos peleado día y medio y comenzamos a encontrar muertos viejos... ¡El olor, ese olor del muerto!... Igual que ahora ha comenzado a oler Cheo López.

Allá en el Pacífico yo me decía: "Quien sabe, de valiente que es, la muerte lo respeta." Es un decir de soldados. Pero ahora, viendo la forma en que cayó, como alcanzado por una bala que estaba suspendida en el aire, o en sus venas, o en sus sesos, creo que la muerte nos acompaña siempre. Está a nuestro lado, y cuando pensamos que va a llegar, se ríe... Y ella dice: "Espera." Por eso el aguacero de balas lo respetó. Parecía que no iba a morir nunca Cheo López.

Pero ya está entre cuatro velas, muerto... Es como si lo oliera desde aquí... ¿No será que yo tengo en la cabeza el olor de la muerte? ¿No huele así el mundo?...

Vamos, don Pedro, acompáñeme al velorio... Cheo era pobre y no hay casi gente... Vamos, capitán... Hágale siquiera un saludo...



CIRO ALEGRÍA